



Este trozo  
de vida Estel Solé



Este  
trozo  
de vida

Estel  
Solé

Traducción de Rosa María Prats de la Iglesia

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1685

Título original: *Aquest tros de vida*

Este libro ha sido galardonado con el 45.º Premi Ramon Llull 2025

© Estel Solé Casadellà, 2025

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U. / Destino

© por la traducción del catalán, Rosa María Prats de la Iglesia, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-233-6682-8

Depósito legal: B. 3.445-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



# I

Alguien ha cerrado la puerta y toda yo he resonado como una casa vacía.

Lentamente, la realidad viene hasta mí y me alza los párpados como quien sube dos persianas cerradas desde hace siglos en un hogar deshabitado. La luz apática de los fluorescentes del techo se me clava en las retinas. Tiemblo con rechinar de dientes. Tengo apenas un hilo de conciencia para concluir que no sé dónde estoy. Es poco lo que ahora sé, o quizá no sea nada, y me gusta. El peso ligero de una sábana blanca, de algodón, reposando sobre mi cuerpo me cubre desde los pies hasta pasado el tronco. Más arriba, la manga corta y verde de una bata y, debajo, una vía clavada en el brazo izquierdo. Tengo frío y quisiera pedir una manta, pero mi boca no recuerda las palabras. Desde la lejanía, me llega la voz de dos mujeres y de un chaval. Quizá sean las enfermeras y el auxiliar de enfermería. Hablan, ríen, pero no retengo nada de lo que dicen. La realidad se disuelve, se escapa por el pasillo, y los ojos persiana se vuelven a cerrar. Demasiada claridad para ese estado mío de semivida. Me sumerjo en el silencio dilatado y respiro la limpieza de la sábana blanca de algodón;

también el aroma de algún medicamento. Las partículas de anestesia campan todavía en las venas y vuelvo al sueño delirante.

—Lena, todo ha ido bien. —Una enfermera me acaricia el brazo para despertarme—. Te tendremos un rato más aquí y después te subiremos a la habitación.

Con un esfuerzo colosal, le pregunto qué día es. «4 de enero», dice su boca lenta. Habría jurado que era verano. Me estaba bañando desnuda en el mar. He visto un pez naranja irisado que me ha hecho feliz, y he visto también una muerte pequeña como una concha, y he oído las voces acuáticas que se reían de mi ilusión. Ahora entiendo que no era el agua helada del mar lo que me erizaba la piel, sino el frío de este hospital. No. Este frío no es solo del hospital. ¿De dónde viene? No es verano y no me estoy bañando en ninguna parte. Es invierno. Esta mañana he cogido la bufanda de rayas y me la he enrollado en el cuello antes de venir hacia aquí.

He llevado a un hijo muerto en el vientre durante ocho días y acaban de aspirármelo. Sí. Esta es la realidad. 4 de enero. Otra fecha que se me quedará grabada en el útero.

La enfermera dice que ha ido «todo bien». Ya sé que lo ha dicho porque podría haber habido complicaciones en el quirófano y yo podría haber muerto, pero *bien* no es la palabra adecuada. Si me hubieran extirpado un tumor, entonces sí me parecería correcta. Pero me han quitado un trozo de mí que eras tú. Y «bien» no es demasiado.

Ahora vuelvo a acordarme, vuelvo a ser, pero tú ya no vives en mí. ¿Sabes lo que pienso, Sam? Que tu co-

razón se detuvo en San Esteban.<sup>1</sup> Quizá antes de que me comiera los canelones, o quizá cuando los empezaba a digerir. Ese malestar durante la comida, y el mareo después de comer... La abuela me dijo que tenía la cara mortecina. El sueño que se me llevaba, el cansancio terrible. Nunca lo sabré a ciencia cierta, pero me temo que fue entonces cuando dejaste de vivir. En ese momento no di importancia a las señales, ni siquiera se me pasó por la cabeza el mal presagio. El 28 de diciembre, cuando la ginecóloga me dijo que estabas muerto, me sentí estúpida como nunca: ¿cómo es posible que una madre lleve a un hijo muerto dentro y no se dé cuenta? Volvería a ese momento solo para darme una buena bofetada. Durante dos días había sido una idiota que vivía el engaño de la felicidad y seguía con su vida como si nada.

Ese día, Quim, el que hubiera sido tu hermano mayor, me gastó una broma de una lucidez simbólica que no he sabido entender hasta ahora. Por la mañana, cuando desperté, pensé que me había quedado ciega. Nada más abrir los ojos, durante unos segundos, lo vi todo blanco. Tardé unos instantes en darme cuenta de que tenía un papelote pegado a la cara. Tu hermano se había despertado antes que yo y había corrido hacia el comedor para mirar su calendario de *Cavall Fort*. Es lo primero que hace siempre cuando se levanta, ir a tachar el día que hemos dejado atrás. El abuelo también tenía esa manía. Vio que eran los Santos Inocentes y se le ocurrió la genialidad de recortar un monigote. Mientras yo dormía como un tronco, me lo

1. El 26 de diciembre, día de San Esteban, es festivo en Cataluña y las familias se reúnen para comer, tradicionalmente, canelones. (*N. de la a.*)

pegó en la cara con un pedazo de cinta negra *chatter-ton* que encontró en el armario de Dan. Su padre. El tuyo. Mi marido. Tú también dormías, definitivamente, pero yo aún no lo sabía.

## 2

—¡La madre que te parió! ¡Ya verás cuando te atrape, Quim! —Me arranqué de la frente la cinta adhesiva, que se llevó consigo un mechón de pelo, y fingí que era un monstruo terrible que buscaba venganza. Él, meándose de risa, salió de debajo de la cama y empezó a correr por la casa hasta que lo atrapé y le clavé las garras en la barriga en un ataque perfecto de cosquillas. Las mañanas en casa son un caos, y ese día no fue una excepción. Lo acabé abroncando, pobrecito. Lo adoro, pero a veces su lentitud me supera. Llegábamos tarde y le costó una eternidad tomarse el desayuno, embobado como estaba mirando los dibujos en la tele. *Mea culpa*. Soy una madre rendida al poder de las pantallas. Perdónenme, Maria Montessori, Emmi Pikler, Loris Malaguzzi.

A las ocho y cinco, mi tía me envió un mensaje diciendo que estaban en el coche, mal aparcados, debajo de nuestra casa, esperando que bajáramos. Me duché en un santiamén. «La prisa la tienes tú, y no él, que está de vacaciones y, por suerte, todavía no sabe lo que significa vivir estresado», pensé. Los pantalones no me abrochaban. Me acabé enfundando unas mallas horrosas de embarazada que no me proporcionaban ningún tipo de dignidad como persona y, sin secarme el

pelo, salimos corriendo a la calle, dejando el piso hecho un desastre. Quim se fue con los tíos a la Fira de Santa Llúcia<sup>1</sup> y yo, que ya iba justa de tiempo, cogí el coche y me fui hacia el Empordà. Tenía una reunión en el IRTA, el Instituto de Investigación y Tecnología Agroalimentarias, un centro que colaborará con la investigación en la que estoy centrada. Estaba nerviosa porque esa noche tenía que acabar de redactar la memoria del proyecto y al día siguiente debía entregarla. Hacía meses que había volcado en ella todos mis esfuerzos, rascando horas de aquí y de allá, y no quería que nada lo mandara todo al garete en el último momento. Hasta que cogí la autopista y dejé atrás las calles de Barcelona no me relajé. Cuando no era madre, sufría por si me moría y estropeaba la vida de mis padres, y desde que soy madre, me da miedo morirme, sobre todo de un cáncer o en la carretera, porque siento la profunda responsabilidad de no dejar huérfano a mi hijo. Hay mil causas más que me podrían provocar la muerte, como un ataque al corazón, pero, no sé por qué, eso no me da tanto miedo. De hecho, no es miedo, es culpa. La inquietud de morirme y manchar con una tristeza imborrable la vida de Quim. Siempre que cojo el coche hago tres respiraciones profundas y me visualizo volviendo a casa sana y salva.

Me saqué el carné tarde. Aún no me creo que aprobara los exámenes del teórico y el práctico a la primera, porque en aquella época yo no era una mujer, sino un ser permanentemente adormilado y exhausto que no pe-

1. Nombre del mercado navideño de Barcelona, situado delante de la catedral.

gaba ojo ni de noche ni de día. Quim mamaba de mis tetas con desazón. Mis pechos eran para él un bar permanentemente abierto, siempre a su disposición, incluidos los festivos. Semanas antes de que decidiera convertirme en conductora, Dan me había soltado un par de comentarios que me ofendieron. «No puede ser que no sepas conducir. Algún día yo estaré fuera, pasará algo y te arrepentirás de no tener carné. Y cuando estoy aquí, no me gusta tener que hacerte de conductor. Tienes que ser más autónoma.» «¡Tócate las narices!», pensé. Lo dijo como si fuéramos de la tribu de los tagaeri y viviéramos aislados en las profundidades de la selva amazónica ecuatoriana y no en una ciudad llena de taxis que siempre te llevan a donde tengas que ir. Lo dijo como si yo fuera una desvalida que no sabe cómo salir adelante sin su marido. Bien, no sé qué intención tenía, pero que cuestionara mi autonomía me puso mala. Llevaba meses sola, ocupándome del niño mientras él rondaba por los teatros del mundo. Cuando una criatura nace, su madre también nace de alguna manera, y yo le daba todas las atenciones al niño, pero no tenía a nadie que me atendiera a mí. Mi marido se rodeaba de focos, de sopranos y de escenarios, y yo sentía que la casa se me caía encima, y él era incapaz de darse cuenta de que una enorme oscuridad me engullía sin compasión.

Por mis santos ovarios me juré que Dan no volvería a acusarme de ser una persona dependiente y que me convertiría en la reina de las carreteras. Y así fue. En solo seis meses, me saqué el carné de conducir. Una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Ahora el coche es mi espacio de descompresión y libertad. Es mi particular discoteca, mi templo de reflexión, mi retiro espiritual de soledad y serenidad. Todo eso

cuando conduzco sola, claro, porque cuando voy arriba y abajo con mi hijo, soy una conductora-DJ sometida a sus gustos musicales y a sus peticiones de entretenimiento a base de historias que me obliga a narrarle. Me gusta tanto conducir que a veces, cuando miro mi precaria cuenta corriente y me frustro por los problemas en el laboratorio, creo que podría dedicarme a ello. No hablo de ser una taxista urbana, sino de realizar grandes viajes. Conducir para personalidades estrafalarias que nunca se han sacado el carné, escritores, intelectuales, gente a la que le da pereza estar tantas horas al volante y deben ir de Barcelona a Florencia o de París a San Petersburgo, quizá porque comienzan una nueva vida en otra ciudad y viajan cargados de maletas y de ilusiones, o porque tienen que viajar a un país remoto a cobrar la herencia de un pariente lejano. Tengo poca fe en la especie humana. Para el planeta somos como huéspedes déspotas que devastan su hábitat y su comunidad, movidos por un egoísmo extremo, aunque también es cierto que, a veces, escondidas entre la oscuridad y la maldad humana, hay personas que son pequeñas luciérnagas que te encuentras inesperadamente en los arcones de un camino y que te reconcilian con la vida. Y cuando esto ocurre, lo detendría todo para charlar durante horas y descubrir quiénes son, qué hacen y dónde van. Creo que sería una buena conductora porque me gusta el volante, pero sobre todo porque me gusta conversar. Y la gente necesita hablar, y más dentro de un coche con un desconocido.

La reunión en el IRTA fue rápida y fue muy bien. Salí exultante. Hacía un día de invierno cálido, los campos

del Empordà estaban radiantes y yo, a pesar del agotamiento y una tristeza latente que iba incubando en el pecho, me sentía poderosa como una leona, capaz de afrontar una segunda maternidad y un nuevo hito profesional. Solo necesitaba trabajar un par de horas aquella noche para poder enviar la memoria del proyecto, y, claro, cruzar los dedos para que nos dieran la financiación. Antes de comer ya volvía a estar en Barcelona. Pero, mientras se hervían unas judías verdes que me estaba preparando de almuerzo, me di cuenta de que no tenía el ordenador del trabajo. Volví al parking para comprobar que no me lo hubiera dejado en el coche y revolví la casa de arriba abajo. Nada, no estaba en ninguna parte. Llamé a Dan para desahogarme, pero no me contestó la llamada porque estaba ensayando una ópera en Italia y, seguramente, no tenía cobertura dentro del teatro. Le dejé una nota larguísima. Como no nos vemos, ni hablamos demasiado, acabo haciendo monólogos sola en el teléfono:

Amor, soy yo. Ya sé que odias las notas de voz, pero... he perdido el maletín con el ordenador del trabajo. ¡Me cago en todo! ¡Tengo documentos del proyecto que no he subido al Drive y mañana debo entregarlo! Hostia, ahora mismo me fumaría tres cigarrillos. ¿Por qué me tiraste los paquetes de tabaco? ¡Te odio! Sí. Ya sé que el embarazo ha sido la gran excusa para dejarlo..., pero ahora necesito fumar. No voy a fumar, no te preocupes. Solo me faltaría asumir la culpa de estar infestando con nicotina al pobre Sam... No me encuentro muy bien. Ayer, desde que te dejé en el aeropuerto, me noto más mareada. De hecho, desde San Esteban no estoy fina. Tengo un malestar general. No he vomitado, pero tengo náuseas cada hora. He ido al IRTA y, des-

pués de la reunión, me he parado a tomarme una infusión en un bar, y ahí es la última vez que recuerdo haber visto el ordenador. ¿Y si me lo han robado? Lo he dejado junto a la mesa, pero ahora no recuerdo si lo he cogido o no al salir del bar. Cuando iba a pagar, me han llamado del médico para cambiar la cita para las vacunas de Quim y me he despistado. Los informáticos del laboratorio capan los ordenadores. No puede entrar nadie que no sea un *hacker*, pero tengo que recuperarlo. No puedo decirle a Iolanda que lo he perdido. Hace tiempo que me observa con lupa, y no quiero fallarle. Me parece que me nota extraña porque cuando la siento cerca me tenso, y tengo la sensación de que me mira la barriga. No se me nota todavía, y hace semanas que me visto con ropa ancha para disimular el embarazo y que no lo sepa, pero creo que sospecha algo. Quizá debería haberle dicho que estoy embarazada. Me da miedo que cuando se entere sienta que no he confiado lo suficiente en ella. Y tendrá razón. Aunque no tenía por qué contárselo. Es un tema personal que no me ha afectado en absoluto en el trabajo. Hoy, cuando salga de la revisión con la ginecóloga y sepa que va todo bien, le enviaré un correo y se lo contaré. ¿O crees que sería mejor que me esperara a volver al laboratorio, cuando ya hayamos entregado el proyecto? ¡Soy un desastre! Justamente ayer pensé: «Haz copia de todo. Súbelo al Drive». Y quería hacerlo cuando Quim se durmiera, pero estaba tan agotada que me quedé frita a su lado. A las nueve. Me dormí sin lavarme los dientes y con la cocina por ordenar. ¡En la gasolinera! Quizá me he dejado allí el ordenador. Me he parado a echar gasolina. Ahora llamaré para saber si lo han encontrado. Ya he llamado al bar, y no lo han visto. ¿Qué hago? ¿Vuelvo al Empordà a ver si lo encuentro? Vete a saber, quizá ya lo estén reven-

diendo. Ahora me tumbaría en el sofá, con la mantita y... Estoy muy caliente. Estoy caliente y tú no estás... Te echo de menos. ¿Cuánto hace que no follamos? Casi ni nos tocamos. Cuando vuelvas, por favor, forcemos un espacio para un poco de sexo. Y no lo dejemos para la noche, que ya sabes que entonces estoy muy cansada. Tengo ganas de que sean las ocho de la tarde para ir a hacerme la ecografía y volver a sentir el corazón del pequeño Sam latiendo. Sigo buscando el ordenador. Espero que esté todo bien. Me preocupa. Sam, quiero decir. Tú no, porque, si no dices nada, será que los ensayos van bien. ¡Tengo ganas de fumar! Chicles, chicles. ¿Por qué no tenemos chicles en casa? Al final te he dejado una nota larguísima. Perdona. Llámame si puedes. Venga. ¡Adiós!

Noté olor a quemado. Las malditas judías se habían chamuscado dentro de la olla. Las tiré a la basura y revisé el correo en el móvil. Fue entonces cuando me llegó un nuevo mensaje a la bandeja de entrada. Después de leerlo, volví a dejarle una nota a Dan, porque todo esto me pareció bastante extraño.

¡No te lo vas a creer! Creo que todavía no has escuchado el mensaje anterior. Me sale como enviado, pero no leído. Escucha el primer mensaje antes de este, si no, no entenderás nada. Tengo un ángel de la guarda. Acabo de recibir un correo de un tal Abel. Abel Franquesa. Dice que tiene mi ordenador. Lo necesito para trabajar esta noche. Por cómo escribía me ha parecido que no era joven, Abel Franquesa, quiero decir. Le contesto el correo y me voy otra vez hacia el Empordà, y luego vuelvo a Barcelona. Espero llegar a tiempo para la visita con la ginecóloga. Menos mal que los médicos siem-

pre van con retraso... Tengo tiempo de ir y volver, ¿verdad? Ahora no encuentro las llaves del coche. Tenemos un follón de cosas aquí en la entrada que no hay quien encuentre nada. Esto deberíamos tenerlo más ordenado... ¡Ah! Ya está. Las tengo en el bolsillo. Estoy bastante alterada. No entiendo de dónde ha sacado ese hombre mi correo. ¿Hago bien en ir? Será un buen hombre que ha hecho una buena obra y punto, ¿verdad? Venga, te dejo. Por cierto, mi tía me ha dicho que Quim se está portando muy bien. Han ido a la Fira de Santa Llúcia y le ha comprado un *caganer* de Donald Trump. No entiendo de dónde le viene la obsesión que le ha dado con ese hombre. Hablamos más tarde. Te quiero.

Cogí unas almendras saladas para comer, volví a coger el coche y me planté de nuevo en el Empordà, esta vez en casa del hombre desconocido que aseguraba que tenía mi ordenador.